

Familias contemporáneas. Las representaciones literarias como un analizador significativo.

Irene Melerⁱ

Publicado en Actualidad Psicológica, Año XXIX, Nº 316, Buenos Aires, febrero de 2004.

Contexto

Las prácticas sociales y los ordenamientos simbólicos relacionados con los vínculos familiares atraviesan en la actualidad por una profunda crisis. La Modernidad se caracterizó por la nuclearización de las familias extensas, asociada con la urbanización y el industrialismo. Estas familias caracterizadas por una estricta división sexual del trabajo, donde las mujeres atendían el hogar y la crianza de los hijos mientras que los varones se ausentaban por largas horas para aportar el sustento, son ahora minoritarias. Las sociedades occidentales postmodernas, impactadas por la Tercera Revolución Industrial, la secularización y la hipertrofia del individualismo, están habitadas por una gran diversidad de formas de familiarización (Shorter, 1977, Meler, 1998). En un mismo sector social coexisten familias nucleares biparentales, donde el dominio masculino persiste de modo atenuado, con hogares monoparentales producto del divorcio o de la reproducción de una mujer no casada, que se ha unido con uno o dos compañeros sucesivos y cría a los hijos producto de esas relaciones, con o sin la participación de los padres. Muchos adultos divorciados renuevan su apuesta en favor de la pareja y de la familia, casándose dos o tres veces y constituyendo familias ensambladas. Cada vez más parejas conviven de modo consensual y consideran prescindible el recurso a la formalización legal de su relación, aunque tengan hijos en común. Algunos padres varones emprenden la aventura de criar a sus hijos en soledad, cuando quedaron a su cargo ya sea por causa de la viudez o de la deserción de la madre. Hay mujeres que al verse sin pareja en un período donde su capacidad reproductiva está por caducar, optan por concebir como un proyecto individual, mediante la inseminación o el aporte de un compañero ocasional. Existen parejas del mismo sexo que adoptan o conciben hijos mediante la inseminación de una de sus integrantes, en el caso de las lesbianas, o del embarazo subrogado, en el caso de los varones homosexuales (Roudinesco, E., 2003).

Dentro de los adoptantes hay quienes optan por la familia "como si" (Lyndon Shanley, M. 2001), mientras que otros, en especial en los países desarrollados, buscan o aceptan la adopción interracial, donde la ausencia de parentesco biológico se hace ostensible.

Las nuevas tecnologías reproductivas han aportado posibilidades inéditas para la construcción biológica de niños, donde la participación de gametos donados o comprados, permite una disociación entre la parentalidad biológica y la parentalidad social que excede en mucho al panorama ya conocido en los casos de adopción (Meler, 1998b).

Junto con estas tendencias alternativas, un sector de jóvenes retorna a estilos de vida tradicionales y constituye familias numerosas, caracterizadas por la propuesta, no siempre realizada, de un vínculo indisoluble y de un remozado dominio masculino.

La rapidez de las transformaciones tecnológicas, - referidas a la tecnología reproductiva, y a la tecnología informática que revolucionó el mercado laboral y en consecuencia, ha afectado profundamente las relaciones de intimidad -, dificulta la elaboración subjetiva. Este proceso es a la vez individual y colectivo. Si bien cada sujeto busca crear un sentido y una legitimidad para sus particulares circunstancias de vida, esta tarea se facilita cuando el grupo humano, la comunidad en la que está inserto, ofrece modelos axiológicos y prácticos acerca del trabajo y de las relaciones amorosas, la procreación y la crianza de hijos. Pero estamos muy lejos de contar con ese acervo de representaciones y valores

compartidos, que constituiría una ideología (Moscovici, 1961, Jodelet, D., 1988). Las sociedades postmodernas se caracterizan por su fragmentación, y coexisten diversos sectores que construyen universos representacionales disímiles y en muchos casos antagónicos. El individualismo extremo convive en disidencia con formas remozadas de comunitarismo, las ideologías laicas y progresistas coexisten con propuestas religiosas fundamentalistas, que reverdecen en tiempos en que se las creyó relegadas al olvido. Numerosos autores han advertido la importancia de la forma en que los grupos humanos elaboran sentidos acerca de la experiencia y asignan valores a las prácticas sociales. Estas representaciones se hacen cuerpo, se hacen carne y construyen subjetividad (Bourdieu, P, 1991, Castoriadis, C., 1975). No resulta extraño entonces, advertir efectos psíquicos adversos en un universo sociocultural donde coexisten tantos discursos contrapuestos que se conocen ampliamente a través de la difusión mediática.

Las lecturas de la realidad que se inscriben dentro del campo psicoanalítico, ya sean propuestas teóricas o consistan en estrategias clínicas para la asistencia del malestar de quienes nos demandan, no serán fructíferas si reiteran conceptos elaborados en un período histórico donde la vida familiar se caracterizó por familias formadas en la transición entre los matrimonios concertados y las uniones electivas. Se impone entonces una tarea de reconceptualización, donde los aportes de los estudios interdisciplinarios de Género constituyen una perspectiva que no es posible omitir, en la medida en que iluminan las vicisitudes de las relaciones de poder entre mujeres y varones y los efectos de estas transformaciones en el orden simbólico.

El análisis de algunas producciones literarias nos ofrece un material de gran riqueza, que tiene la ventaja de sortear los obstáculos derivados de la confidencialidad del registro de casos clínicos. Para dar un ejemplo, recordemos que Louise Kaplan (1994) realizó un estudio sobre las perversiones femeninas tomando como hilo conductor a la novela "Madame Bovary" de Gustave Flaubert. El texto es, en este tipo de abordaje, de algún modo un pretexto. El marco teórico y la experiencia acumulada en el quehacer clínico por quien realiza estas lecturas, configuran el enfoque interpretativo. Hecha esta salvedad, podemos considerar que las producciones literarias nos permiten tomar el pulso de nuestra época, analizando las representaciones sociales de las que el autor o la autora son, deliberadamente o no, exponentes y voceros (Jodelet, D. 1991). En este sentido, todo escritor es tomado no solo en su idiosincrasia específica, sino también como representante de una percepción grupal, de una forma de construir sentidos compartidos y de evaluar las conductas y las prácticas de vida. Más aún, algunos autores se transforman en constructores privilegiados del universo simbólico de su tiempo, al contribuir a establecer o a expresar una tendencia, una mentalidad (Foucault, M., 1980).

Con el propósito de estudiar las relaciones familiares en las sociedades contemporáneas, tomaré como objeto de análisis un de las obras de un sofisticado escritor francés, Michel Houellebecq (1998), a quien considero como exponente de una corriente del pensamiento neo reaccionario que se observa en algunos adultos educados de edad mediana. Como contrapunto, analizaré una novela de Anne Tyler (2001), escritora norteamericana cuya obra alcanzó gran popularidad en su país. Desde distintas culturas y perspectivas diversas, ambos enfocan cuestiones referidas a las nuevas formas de familiarización. La diferencia en su estilo y tratamiento de los temas, que podría inducir a contraponerlos, oculta sin embargo una coincidencia fundamental, que trataré de hacer visible para discutirla a continuación.

Textos

Houellebecq, o el neo conservadorismo europeo.

La obra que comentaré se titula *Las partículas elementales* (Houellebecq, 1999). Se caracteriza por pertenecer a un género mixto, que se ubica entre la ficción y el ensayo. Las opiniones del autor sobre temas de política social y política sexual, son expresadas en diversas ocasiones de modo explícito. Nacido en 1958, publicó esta novela a los cuarenta años. Su intención es atacar a la generación que protagonizó los sucesos de mayo del 68, a la que acusa de un exagerado individualismo y del cultivo de un hedonismo que conduce al impiadoso abandono de los semejantes, en especial, de los hijos. Describe a los dos protagonistas, Michel y Bruno, como sujetos que, a consecuencia del abandono materno, padecen daños emocionales. La retracción esquizoide es el desenlace subjetivo que caracteriza a uno de ellos, mientras que el otro se dedica a una búsqueda erótica desenfadada en su intento por revitalizar un deseo claudicante.

El resonante suceso que tuvo esta producción literaria en Europa, hace pensar que el autor representa y formula de modo explícito una percepción inarticulada que comparten muchos de sus contemporáneos. La generación "hippie", los libertarios del mayo francés, aquellos jóvenes que se opusieron a las constricciones de la tradición y reivindicaron los derechos personales por sobre la continuidad de los usos y costumbres del linaje, están hoy en el banquillo de los acusados.

Veamos la historia: El autor presenta su obra como el relato de la vida de Michel Djerzinski, un destacado biólogo que contribuyó a lo que Houellebecq describe como una mutación metafísica. Con este término alude a una transformación cultural profunda, que según piensa, determina cambios económicos y políticos, y modifica la vida cotidiana de los sujetos. Ejemplifica este tipo de proceso mediante una referencia al cristianismo, que transformó al Mundo Antiguo. Caracteriza a nuestro tiempo como "tiempos de agitación y desdicha". Continúa diciendo que "Los sentimientos de amor, ternura y fraternidad humana habían desaparecido en gran medida; en sus relaciones mutuas, sus contemporáneos daban muestra de indiferencia, e incluso de crueldad" : 7 .

Luego de esta caracterización inicial de nuestra época, presenta un poema jubiloso donde celebra el advenimiento utópico de un período luminoso donde de habría dejado atrás "el universo mental de la separación": 10.

Comienza entonces el relato de la historia de Michel y la de su medio hermano Bruno, ambos hijos de una mujer egocéntrica y abandonante, que los concibió con diferentes padres. El texto abunda en referencias a la dificultad para el vínculo entre varones y mujeres, así como en alusiones a la homosexualidad y a la masturbación. Mientras que Michel es presentado en una actitud de retracción libidinal, con sobreinvestidura de la indagación intelectual, Bruno se embarca en una búsqueda vital a través del cultivo del erotismo. La madre de ambos, Janine, es presentada como hija de un hombre convencionalmente exitoso. Su propia madre está ausente del relato inicial. El autor caracteriza a Janine como una precursora de nuevos comportamientos. Según cree, la vida de los precursores es atormentada, y solo cumplen un rol de aceleración de procesos de descomposición histórica. Quienes pueden imprimir un nuevo rumbo a las sociedades son los revolucionarios o los profetas. Siendo una mujer hermosa y una estudiante brillante, concibió a Bruno con Serge Clément, un médico ambicioso dedicado a la cirugía estética. Al poco tiempo de nacer fue enviado con sus abuelos maternos mientras su madre cursaba el embarazo del que nacería Michel, producto de su unión con Marc Djerzinski, un talentoso cineasta de humilde origen, por quien abandonó a su primer marido. La conducta de Marc es descrita como esquizoide y pasiva. Decepcionada, Janine se conectó con algunos norteamericanos que le hicieron conocer las comunidades de Esalen, California, basadas en la libertad sexual y en el consumo de drogas. En ese contexto Bruno quedó abandonado y al encontrarlo su padre en estado de indefensión, lo entregó al cuidado de su propia madre, que residía en un pueblo del interior de Francia.

Janine se mudó a California y Michel no volvió a verla hasta que cumplió quince años. Su padre también lo abandonó y desapareció durante un viaje al Tíbet. Criado por su abuela, creció como un niño solitario retraído y talentoso.

Mientras tanto, Bruno, su medio hermano, se criaba en casa de sus abuelos, en Argel. El abuelo muere, y el relato se interna en este punto en una disquisición esquizoide acerca del proceso biológico de descomposición del cadáver. Mediante este recurso, el autor expresa el dolor del personaje por la pérdida y la descualificación afectiva que lo torna im procesable. La abuela, afectada por la ausencia de Janine en el entierro de su padre, sobrevivió unos años, hasta que se lesionó en un accidente doméstico y murió. Bruno desmintió esa pérdida durante largo tiempo. Sus padres, a quienes conoció en esa ocasión, decidieron internarlo en un colegio donde fue objeto de torturas y vejaciones por parte de sus compañeros.

A lo largo de todo el relato, el autor combina las referencias biográficas con descripciones del contexto cultural del momento, en un claro intento por situar a los personajes como exponentes de su época. Su texto es entonces, también un ensayo psicosocial.

Michel conoce a Annabelle, una hermosa muchacha con quien mantendrá una relación amorosa que no puede concretar y que, finalmente, deja que se diluya. Bruno desea a todas las jóvenes pero es tímido. A esa altura del relato, Houellebecq describe la influencia de “la opción hedonista – libidinal de origen norteamericano” :57 y la “destrucción de los valores morales judeocristianos, apología de la juventud y de la libertad individual”:57 , que caracterizó a los años '70. Relaciona el auge del divorcio con estas tendencias culturales. Describe en un estilo reflexivo (Maldivsky, 1977), con ayuda de metáforas biológicas, las secuelas sexuales que ha dejado en ambos personajes la privación del contacto temprano con su madre.

Preocupado por la desdichada adolescencia de Bruno, el padre emplaza a Janine para que intente un contacto con Michel, que fracasa, pero que, en cambio, habilita que los medio hermanos se relacionen entre sí.

El autor describe la vida de Bruno organizada en torno de la búsqueda de placer sexual y lo explica por el hecho de que, ya que su clase social había logrado una cierta abundancia, la lucha competitiva no se desarrollaba en el campo económico. Sin embargo, opina que existe una tendencia humana hacia el establecimiento de jerarquías, y esta competencia narcisista se despliega en el ámbito de la sexualidad. Acota que cuando la economía entró en crisis, la competencia sexual no decreció.

Vemos aquí la forma en que se intenta sustentar la idea de una naturaleza humana, discutida entre otros, por Gérard Mendel, (1990). El severo cuestionamiento que el autor realiza acerca del individualismo y la competitividad capitalista, así como sobre la mercantilización del deseo y la búsqueda de placer a cualquier costo, se contradice con esta concepción esencialista, con reminiscencias hobbesianas, acerca de un ser humano egoísta y competitivo. Si existe algo que pueda denominarse “naturaleza humana”, el capitalismo sería su más acabada expresión. Se comprende entonces la sensación de “sin salida” y la propuesta de aniquilación con que culmina la obra. Pero continuemos con la lectura.

El relato acerca de la juventud de los hermanos se enmarca en la descripción de “una cultura “joven”, esencialmente basada en el sexo y la violencia “: 70. Cita las fechas en que se promulgaron leyes que hicieron desaparecer el adulterio como figura penal y legalizaron el aborto. Describe el enfrentamiento entre el individualismo hedonista y la antropología cristiana en torno de cuestiones bioéticas. Dice: “El agnosticismo por principio de la República francesa facilitó el triunfo hipócrita, progresivo y hasta ligeramente insidioso de la antropología materialista. Los problemas de valores de la vida humana, de los que nunca se hablaba abiertamente, siguieron dando vueltas en todas las cabezas; se puede afirmar sin la menor duda

que en parte contribuyeron, en el curso de las últimas décadas de la civilización occidental, al establecimiento de un clima general depresivo, en incluso masoquista” : 71, 72.

Con motivo del primer beso que Annabelle dio en secreto a otro varón, ya que Michel no tomaba la iniciativa, el autor se embarca en una crítica al individualismo:

“la existencia individual y el sentimiento de libertad que va con ella constituyen el fundamento natural de la *democracia*. En un régimen democrático, las relaciones entre los individuos están reguladas normalmente por el *contrato*. Cualquier contrato que exceda los derechos naturales de uno de los contratantes o que no esté provisto de unas cláusulas de revocación claras, puede considerarse nulo”.: 78.

Se insinúa aquí una preferencia ideológica por la auto postergación altruista que caracterizó a la feminidad tradicional. La sexualidad femenina autónoma es para Houellebecq el exponente privilegiado del individualismo hedonista que él rechaza.

En el capítulo denominado “Verano del 75” presenta una visión de movimiento hippie como el producto de algunos psicópatas libertinos que especularon cínicamente con la ingenuidad de los jóvenes para utilizarlos sexualmente. Esta tendencia estuvo “destinada a barrer el conjunto de la civilización occidental” :83.

En ese contexto, ante la insuperable pasividad sexual y la retracción emocional de Michel, Annabelle debuta sexualmente con otro joven. Como corresponde a la perspectiva del autor, ella se embaraza y paga su pecado mediante un aborto.

Cuando se refiere a la muerte de la abuela de Michel, quien se había hecho cargo de su crianza, el autor, luego de describir su dura existencia dice:

“Con más de sesenta años, recién jubilada, accedió a ocuparse otra vez de un niño, el hijo de su hijo. (...). En la historia siempre han existido seres humanos así. Seres humanos que trabajaron toda su vida, y que trabajaron mucho, solo por amor y entrega; que sin embargo no lo consideraban un sacrificio; que en realidad no concebían otro modo de vida más que el dar su vida a los demás con un espíritu de entrega y de amor. En la práctica, estos seres humanos casi siempre han sido mujeres”:92.

Queda de este modo planteado un modelo de feminidad opuesto al de la madre hippie, individualista, hedonista, y abandonante; la mujer tradicional, altruista y maternal. La simultánea deserción de ambos padres, que en el caso de Marc, el padre de Michel, fue literalmente una desaparición física, no es puesta en cuestión, y tampoco se la indica como causal de patología emocional en los hijos.

Como consecuencia de esta muerte y de la dificultad de Annabelle para acercarse a Michel en esa circunstancia, dejarán de verse y solo se reencontrarán veinticinco años después.

En paralelo a esta historia frustra de amor adolescente, Bruno conoce en un lugar de vacaciones inspirado en la cultura hippie, al que había concurrido con deseo de mantener relaciones sexuales, a una mujer con la que entabla una relación amorosa duradera. Cuando el autor caracteriza al contexto, destaca que en una cultura hedonista el deseo erótico se dirige a los jóvenes. Las mujeres de edad mediana, que habían participado de esa tendencia cultural, se encontraban en una situación dolorosa: “para las mujeres, en casi todos los casos, los años de madurez estuvieron marcados por el fracaso, la masturbación y la vergüenza”: 108.

Veamos ahora su opinión sobre la liberación sexual:

“El 14 de diciembre de 1967, la Asamblea Nacional aprobó en primera ronda la ley Neuwirth sobre la legalización de los anticonceptivos; aunque todavía no estaba subvencionada por la Seguridad Social, la píldora podía venderse libremente en las farmacias. A partir de aquel momento, amplias capas de la población tuvieron acceso a la *liberación sexual*, hasta entonces reservada a las clases directivas, los profesionales liberales y los artistas, así como a algunos empresarios. (...) Como indica la palabra francesa *ménage*, la pareja y la familia eran el último islote de comunismo primitivo en el seno de la sociedad liberal. La liberación sexual provocó la destrucción de esas comunidades intermediarias, las últimas que separaban al individuo del mercado. Este proceso de destrucción continúa en la actualidad”: 116.

Si retornamos a la novela, veremos que mientras Michel se retrae cada vez más y se desarrolla como científico, Bruno conoce a la mujer que el autor elige nombrar como Christianne. Ella acaba de copular con otro hombre en una piscina y al advertir que Bruno está presente, se acerca y la practica una “fellatio”. Así comienza un vínculo en el que la mujer se entrega con devoción a prácticas orgiásticas colectivas, destinadas a estimular sexualmente a Bruno. Veamos la opinión de Christianne sobre las feministas:

“En pocos años conseguían transformar a los tíos que tenían al lado en neuróticos impotentes y gruñones. Y en ese momento, era matemático, comenzaban a tener nostalgias de la virilidad. Al final plantaban a sus hombres para que las follara un macho latino de lo más ridículo. (...) luego se quedaban preñadas y les daba por la repostería casera con las fichas de cocina de *Marie Claire*”.:147.

Cuando reflexiona acerca del pensamiento de Aldous Huxley, a quien considera como el principal aval teórico del movimiento hippie, dice:

“La mutación metafísica que originó el materialismo y la ciencia moderna, tuvo dos grandes consecuencias: el racionalismo y el individualismo. (...) Del individualismo surgen la libertad, el sentimiento del yo, la necesidad de distinguirse y superar a los demás. (...) la mutación metafísica operada por la ciencia moderna conlleva la individuación, la vanidad, el odio y el deseo. (...) En sí el deseo, al contrario que el placer, es fuente de sufrimiento, odio e infelicidad. (...) La sociedad erótico – publicitaria en que vivimos se empeña en organizar el deseo.: 161, 162.

Agrega refiriéndose esta vez a Julius Huxley, que: “es perfectamente consciente de que el progreso de la ciencia y del materialismo ha minado las bases de todas las religiones tradicionales; también es consciente de que ninguna sociedad puede sobrevivir sin religión.” :162.

Cuando relata la agonía de la relación que Bruno mantiene con un hijo habido en un matrimonio del cual está divorciado, caracteriza a los varones como seres dominados por el deseo e incapaces de amar. Las mujeres, por el contrario, necesitan amar a alguien. Al parecer, Houellebecq ha encontrado un reservorio natural de afectividad, indispensable en el desierto individualista de la modernidad tardía: las mujeres, que, como Christianne, pueden reciclar el auto sacrificio y la donación aún en el contexto de una tendencia cultural hacia la búsqueda desenfadada del goce.

Bruno recuerda su anterior matrimonio y relata la forma en que se sentía capturado; detestaba tanto la monogamia como la paternidad. Michel, un interlocutor desapegado, cuando Bruno expresa que deseaba volver a ser una persona, dice en voz baja “una mónada”: 188. La primera internación psiquiátrica de Bruno, constituye un refugio contra un posible juicio: teme ser demandado por una alumna de quince años de la que intentó abusar. Pero en Christianne encuentra, como ella misma expresa: “un poco de generosidad”: 201.

A esta altura del relato, el estilo de vida hedonista y materialista es llevado a su degradación más exacerbada: un líder comunitario hippie se suicida y su hijo se hace satanista, caníbal y asesino de bebés. El autor considera que Charles Manson no constituye una desviación patológica de la experiencia hippie, sino que es, por el contrario, su culminación lógica. Los valores de la liberación individual llevan al horror.

Durante un veraneo en una playa naturista donde se dedican a participar en orgías, Bruno le expresa a Christianne un amor dubitativo: “creo que te quiero”: 224.

Mientras tanto, Michel se reencuentra con Annabelle: ambos estaban realizando trámites fúnebres, él por el traslado de los restos de su abuela, ella por causa de la reciente muerte de su padre. Retoman el vínculo; ella se ha cansado de buscar una relación tierna sin encontrarla. Ambos tienen cuarenta años.

Christianne y Bruno continúan con su búsqueda erótica, mientras ella oculta una enfermedad para complacerlo. En una orgía, se pulverizan sus vértebras coxígeas y queda paralizada. Bruno la invita a vivir con él, pero no lo hace de modo convincente; en consecuencia, ella elige el suicidio.

Ambos hermanos se reencuentran ante el lecho de muerte de su madre, que convive con un grupo de hippies. El estado mental de Bruno se ha deteriorado, vive en una institución psiquiátrica. Entierran a Janine y se despiden.

Michel obtiene un traslado a Irlanda para continuar con sus investigaciones. Annabelle, dolida por el abandono, le pide que la embarace: ella se propone criar al hijo que nazca sin su ayuda. Michel acepta fecundarla, y lo logra, pero a ella le diagnostican cáncer de útero y debe abortar. A continuación le practican una histerectomía. Le detectan metástasis y se suicida.

Michel parte para Irlanda y allí elabora su obra *Topología de la meiosis.*, publicada en el 2002. En ella expone la teoría de que cualquier especie sexuada es necesariamente mortal. En sus obras siguientes, busca a través de complejas teorías físicas “la posibilidad analógica de dar un nuevo sentido a la fraternidad, la simpatía y el amor”: 304. Sus teorías posteriores expresan: “La práctica del bien es una unión, la práctica del mal una desunión. El otro nombre del mal es separación; y aún hay otro más, mentira. Sólo existe un entrelazamiento magnífico, recíproco e inmenso”.

Djerzinsky supera el concepto de libertad individual y restaura las condiciones de posibilidad del amor. Al terminar su trabajo, desaparece; posiblemente recurrió al suicidio. Sus descubrimientos se refieren a la clonación humana y a la inmortalidad. Un continuador de su obra derivó de ella una propuesta radical: “la humanidad debía dar nacimiento a una nueva especie, asexuada e inmortal, que habría superado la individualidad, la separación y el devenir”: 312. Luego de un duro debate ideológico, impone la idea de que la humanidad debía controlar su propia evolución biológica. De ese modo rescató el núcleo de verdad que se encontraba en la ideología de la New Age, denostada por el autor, pero que sin embargo, considera que manifiesta una voluntad de ruptura con el siglo XX, su inmoralidad e individualismo y sus aspectos libertarios y antisociales. También aprecia el rescate de la necesidad social de una religión. Uno de sus lemas era: “El futuro será femenino”. Se trataba de crear una nueva humanidad y de restaurar el sentido de la colectividad, la permanencia y lo sagrado. Dado el desprestigio en que en ese momento habían caído las ciencias humanas su lema “la mutación no puede ser mental, sino genética”: 318, fue aceptado por la mayoría. Con la creación de una nueva especie inteligente, la especie humana organizó su propio relevo.

Al final de la obra se describe la extinción gradual de los seres humanos y la forma en que la nueva especie logra superar el egoísmo, la crueldad y la ira. Las palabras finales constituyen un homenaje póstumo a la humanidad.

En una reseña temática como la anterior, no es posible transmitir que Houellebecq escribe bien. Sus personajes viven, en el sentido de que son creíbles, tienen carnadura real. Sin embargo un espíritu desencantado y mortífero caracteriza a la obra. El tema del abandono y del suicidio insiste de modo reiterado. Aún la “solución final” encubre, bajo la apariencia de una resurrección, la imagen de la aniquilación total. Ya no son algunos sujetos deprivados, que se suicidan como consecuencia de carencias emocionales tempranas e irreparables, sino que es la especie humana en su conjunto la que desaparece. ¿Para qué? Para que surja otra especie, asexuada e inmortal, o sea, el sueño narcisista que el autor se ha encargado de denostar minuciosamente a lo largo de todo el desarrollo de su novela. Como se ve, no hay mejor oponente que uno mismo, sobre todo cuando el sujeto se encuentra capturado en una lógica especular.

Las ideas básicas del autor acerca de la cultura occidental contemporánea, aunque profundamente contradictorias, quedan claras: el individualismo y hedonismo capitalista llevan a la soledad y la desesperación. Aunque la generación hippie es denostada, “all you need is love”, o sea que el amor salvará al mundo. Sin embargo, el sexo lleva a la muerte, pero la religión es indispensable. Dentro de este contexto en el que una

problemática real es captada con agudeza, la resolución imaginaria y contradictoria del autor resulta confusa, e incluso algo delirante. Lo que me interesa destacar es la forma en que Houellebeck encuentra mediaciones entre el contexto cultural y las biografías individuales. En su análisis de las relaciones familiares, contrapone a la imagen de Janine, representante emblemática de la cultura hippie, el feminismo igualitarista norteamericano, el individualismo, el egoísmo y el abandono de los demás, la de las abuelas de sus hijos, mujeres tradicionales, abnegadas, dedicadas a dar ternura sin esperar nada a cambio. Los otros personajes femeninos, Annabelle y Christianne, también pueden considerarse como versiones antagónicas con esa figura terrible. Annabelle es tierna y solo accede al erotismo en el contexto de una cultura hedonista y desafectivizada. Termina ansiando cariño y buscando ser madre, inútilmente, por supuesto. Christianne, aunque promiscua, se entrega a las relaciones orgiásticas por altruismo. Es para excitar a Bruno, a quien ama, que sacrifica finalmente su vida.

No me parece casual que, si bien los personajes centrales son masculinos, el trasfondo de la escena esté ocupado por personajes femeninos que encarnan el antagonismo entre el egoísmo más cruel y el altruismo auto anulador. Considero que este desplazamiento a la esfera de la existencia femenina, de un conflicto social global que se plantea entre el individualismo y el sentimiento de comunidad, constituye un recurso espurio y profundamente androcéntrico. Los sujetos centrales son los varones, y a las mujeres les resta ser malvadas si los abandonan o ser bondadosas pero desdichadas si los asisten. Este es el efecto desafortunado de una maniobra ideológica que privatiza la necesaria solidaridad social. La delegación sobre las madres de los cuidados amorosos indispensables, en un mundo cruel y competitivo, ha sido una forma de opresión de las mujeres que, tal como el autor ha captado, estalla en nuestro tiempo. El interrogante es si encontraremos una salida mediante un retorno conservador hacia el pasado.

Para continuar la reflexión sobre este tema, veamos entonces una obra escrita en los Estados Unidos.

“Cuando éramos mayores”

Anne Tyler, es una escritora sureña que ha ganado el Premio Pulitzer. Su obra toma como protagonistas a las familias de la clase media, y por ese motivo ha resultado pertinente para el análisis que me interesa. Fue publicada en el año 2001, o sea que refleja una situación contemporánea.

La portada anuncia el contenido con una frase que se revelará, más adelante, como profundamente engañosa: “Nunca es demasiado tarde para cambiar”.

En la escena inicial, Rebecca, el personaje central, se afana intentando animar y unificar una reunión familiar donde una de sus hijastras, No No Davitch, presenta a Barry, su prometido, quien es resistido por el resto de la familia debido a su doble condición de ejecutivo y de divorciado, padre de un hijo púber con quien convive. La madre de Peter, el hijo de ambos, vive en una comuna budista (como se ve, la generación hippie insiste). Como Rebecca expresa, esa situación espeja la propia, ya que ella se casó con Joe Davitch, un hombre divorciado, padre de tres hijas que convivían con él debido a que su madre las había abandonado. Luego de tener una hija en conjunto, él murió a los pocos años en un accidente de auto y Rebecca quedó a cargo de la familia.

En este cuadro inicial, el carácter alternativo de la familia contrasta con la manifiesta resistencia que algunos de sus miembros manifiestan ante el cambio, representado por la unión de una hijastra soltera con un divorciado. Sin embargo, el yerno de Rebecca, Hakim, es de origen árabe y la hija de Rebecca responde a un nombre con reminiscencias chinas; Min Foo. Podemos conjeturar que el exotismo de su apodo expresa la sensación de extrañeza que causó el nacimiento de la hija producto de las segundas nupcias, en la familia originaria en la cual ambas se alojaron. El muestrario de diversidad continúa: una

de las hijastras, Bidy, la mayor, convive con Troy, un joven gay, en una especie de matrimonio blanco. Ambos crían en conjunto a Dixon, el hijo que Bidy tuvo con el hermano de Troy, muerto durante un ataque de asma. Al comprobar su embarazo, Bidy aceptó el ofrecimiento de convivencia formulado por Troy y pese a los consejos de Rebecca, comenzó con él una unión aparentemente exitosa. Patch, la hija mediana, está casada con Jeep, con quien mantiene una relación conflictiva. Son padres de tres hijos. Zeb, el hermano menor del esposo fallecido de Rebecca, junto con el anciano Poppy, hermano mellizo de su difunto suegro, que convive con ella, forman parte de la escena familiar.

Peter, el hijo de Barry, futuro esposo de No No, se siente especialmente incómodo con la nueva situación familiar, al punto de que cae al río y Rebecca debe rescatarlo. La conducta del jovencito es descrita como patológica y relacionada con el excesivo apego hacia el padre y la resistencia hacia la nueva unión. Cuando Rebecca brinda dándole la bienvenida a la nueva familia, él dice: “yo no soy de vuestra familia (...) Yo ya tengo una familia”.

Para completar la escena conviene agregar que la madre de las tres hijastras de Rebecca “había abandonado a sus tres hijas por una carrera de cantante (o aspirante a cantante) en un club nocturno de Nueva York” : 41.

Puede apreciarse la forma en que ambas imágenes de mujer a las que me había referido en el comentario a la novela francesa, la madre abnegada y la abandonante, reaparecen en esta producción norteamericana.

Rebecca continúa con la ocupación familiar de los Davitch, propietarios de una casona antigua donde ella vive con Poppy y que se utiliza comercialmente para organizar fiestas.

Su hija, Min Foo (en realidad se llama Minerva, pero fue apodada por su padre de ese modo), está embarazada de Hakim. Ya es madre de dos hijos, producto de dos matrimonios anteriores, el primero con un anciano profesor del cual nació Joey, y el segundo con un hombre de origen afro americano, ocho años menor que ella, padre de Lateesha, una niña mulata. Como se ve, no falta casi nada en este catálogo familiar postmoderno, ni siquiera las dificultades subjetivas de Rebecca para aceptar y elaborar esta tendencia matrimonial de su hija.

A los cincuenta y tres años es una mujer madura y algo obesa. Recuerda sus orígenes, como hija única de una viuda, seducida por la atención que le prestó Joe, un hombre ya adulto y padre, cuando a sus diecinueve años asistió a una fiesta juvenil realizada en la casa de los Davitch. Para quienes estamos familiarizados con la demoníaca sagacidad de lo inconsciente, es posible suponer que la posible repetición de una viudez, que se produciría años después, ya ejercía su fascinación en ese momento.

Al momento de iniciarse el relato, un sueño extraño la inquieta. Sueña que viaja en tren con un hijo varón, que jamás tuvo en la realidad y que lo ama profundamente. Este sueño es interpretado por su hija como la expresión de una pregunta latente: ¿cómo habría sido su vida si hubiera elegido un camino diferente?. Efectivamente, su sensación es haberse convertido, sin saber cómo ni porqué, en una persona diferente de la que era. Al parecer, advierte que ha quedado capturada en la vida de otros, en la vida que Joe preparó para ella. Decide visitar a su madre, como una forma de conectarse con sus raíces, en un proceso de búsqueda interior.

Su madre, ya anciana, fantasea con ir a vivir a una residencia y le sugiere que retorne a la casa de donde partió. Ella podría donársela, y allí encontraría un lugar, ya que tanto las hijastras como la hija han crecido y ya no la necesitan. Para su madre, solo importa su “verdadera nieta”, Min Foo. Las hijastras de Rebecca no son de su sangre y no le interesan. Su tía Ida, en cambio, reconoce el valor de los lazos de afecto por sobre los vínculos biológicos. En el planteo de esta diferencia de actitudes se esboza con sencillez, uno de los debates contemporáneos acerca de las relaciones familiares, el que

contrapone las relaciones de afinidad a la consanguinidad y a la filiación, esa comunidad genética que proporciona una ilusión de unidad narcisista, indispensable para que algunos sujetos se sientan comprometidos emocionalmente entre sí. Otros, en cambio, privilegian la elección y la relación personal por sobre la sangre, creando formas alternativas de parentesco (Meler, 2002 y 2003). Rebecca recuerda la oposición de su madre ante su decisión de romper la relación con su novio adolescente y casarse con Joe, haciéndose cargo de sus hijas. Ella sacrificó un año de universidad y toleró la resistencia de las niñas a la nueva unión, por amor a él. Entre los antecedentes familiares, surge el hecho de que el padre de Joe se había suicidado. Sin tener en cuenta las circunstancias adversas, se enamora y acepta integrar su familia. Pero a los cincuenta y tres años, duda y se pregunta si tomó la decisión correcta. Lamenta no haberse graduado y duda acerca de si su unión con Will, el primer novio, hubiera sido más feliz. Comienza a vivir una vida fantástica, en paralelo a su existencia cotidiana.

Con motivo de la boda de No No, Tina, la madre que abandonó a sus hijastras, se hace presente, en una entrada glamorosa al estilo de una estrella de cine. Todos la reciben con agrado y admiración. Reparte regalos costosos. Para Rebecca, ha comprado un delantal, lo que sugiere el rol servil que le atribuye, al estilo de un ama de llaves. En la reunión previa, se explaya en contra del matrimonio, institución a la que considera inconveniente para las mujeres. Tina considera que “el amor es un desperdicio” :128, y Rebecca se sorprende a sí misma acordando, al menos en ocasiones, con esa postura. En una conversación entre ambas, Tina le recuerda todos los antecedentes depresivos de la familia de Joe, y sugiere que el accidente en el que perdió la vida fue un suicidio inconsciente. Rebecca resignifica bajo esa perspectiva su experiencia pasada y pese a los momentos felices que ha vivido, lamenta haberse casado con Joe.

En ese estado de ánimo, busca la dirección de Will, que aún vive en la misma localidad donde ambos nacieron. Demora en llamarlo, temiendo que esté casado. Finalmente se encuentran: él se ha divorciado, vive solo y es padre de una hija de diecisiete años. Cuando ella le explica que quedó viuda a los veintiséis años, a cargo de sus tres hijastras y de su hija, él expresa que esa situación le hubiera resultado intolerable. Ella se siente algo herida e intenta legitimar su opción vital. Mientras cenan, Will le manifiesta que se ha sentido muy herido por su abandono, que por imprevisto, le resultó traumático. Cuando Rebecca se disculpa, él sugiere con sarcasmo que tal vez ella haya pensado que era posible volver atrás como si nada hubiera sucedido. El encuentro queda interrumpido.

Pasa un tiempo y finalmente Will la llama y lamenta que ella se haya retirado debido a su comentario; le pide que lo llame.

En el ínterin otro niño se agrega a la familia: es Abdul, el hijo de Min Foo. Rebecca es abuela por tercera vez, sin contar a sus nietos afines.

Intenta retomar sus antiguos intereses académicos, una vía menos dependiente de los vínculos para reconectarse con la persona que ella era, “cuando Joe Davitch irrumpió en su vida” :200. Will insiste y se disculpa. Se manifiesta deprimido por su divorcio, y por la relación con su hija, que no prospera. Se siente solitario. Continúa llamándola hasta que deciden intentar un reencuentro. En una ocasión, Will le pregunta el motivo por el cual no se volvió a casar. Rebecca reflexiona acerca del cambio que se produce en las expectativas acerca del otro, a medida que pasan los años. El deseo por alguien diferente fue dando paso a la fatiga, al desinterés. “A mí ya se me han quitado las ganas de molestarme” : 250. Agrega que las cosas han cambiado, que ya no son como cuando eran adultos. Ella siente que ha retrocedido a un período anterior.

El vínculo continúa, sin mucho entusiasmo, Rebecca percibe la fijación amorosa de Zeb, su cuñado más joven, hacia ella y se insinúa una corriente de atracción que parece representar el deseo de la familia Davitch de retenerla entre ellos. Si bien nunca la han

terminado de aceptar como propia, usufructúan de su presencia como administradora de la empresa de fiestas y como madre y abuela suplente.

Will intenta presentarle a Beatrice, su hija, pero el encuentro es dificultoso; la relación entre Will y la joven es tensa: el divorcio con su madre ha dejado secuelas. Rebecca percibe que Will aún no ha elaborado el fin de su matrimonio, aunque no es consciente de eso. Luego de una cena donde lo presenta a la familia, Rebecca se siente desmotivada para continuar la relación y la interrumpe. La frase con que termina ese capítulo es así: "Resultó ser Rebecca la que seguía guardando luto": 302.

Luego de ese episodio, la protagonista se sintió deprimida. Tenía la sensación de haberse sobrevivido a sí misma, su existencia le parecía poco atractiva. No sabía que hacer con los años que venían.

Una escena revela un debate central de la obra. Su hijastra No No, quien se había casado con Barry y convivía con el hijo de su primer matrimonio, le expresa a Rebecca su temor a haber sido elegida como esposa por causa de la necesidad de encontrar quien atendiera al muchacho. Le pregunta también si nunca ha dudado acerca de los verdaderos motivos que tuvo su padre para cortejarla. A continuación le relata un sueño, donde se veía llevando un cochecito de bebé y vestida de criada. Rebecca le dijo: "No se te ocurre que quizá lo más importante era el cochecito de bebé?". "Lo importante –señaló No No - es que llevaba ropa de sirvienta" :318. (...) ¿Se le había pasado alguna vez por la cabeza la idea de que Joe se hubiese casado con ella sólo por su utilidad?. Sí, se le había pasado por la cabeza. Y sobre todo después de su muerte; se había matado deliberadamente y la había dejado para que se las apañase ella sola. ": 326.

Cuando celebran el centésimo cumpleaños de Poppy, el anciano se refiere a una discusión que solía tener con Joe: "Y ahí es donde divergíamos él y yo -prosiguió Poppy -, porque yo siempre le estaba diciendo: 'Mira, afróntalo. No existe una vida verdadera. Tu verdadera vida es la que te termina tocando, sea la que sea. Simplemente tienes que arreglártelas lo mejor que puedas con lo que te toca": 332. En esa ocasión Rebecca percibe que olvidaron de poner su nombre en un video que recapitula la historia familiar. Se siente superflua y se deprime. El cumpleaños N° 100 de Poppy es una ocasión para reflexionar acerca del sentido de la existencia, que parece reducirse a algunos instantes placenteros. Pasan de nuevo el video. La última frase de la novela es como sigue:

"En la pantalla apareció la cara de Rebecca, alegre, abierta, iluminada por el sol, y consideró que realmente se lo había estado pasando en grande": 362.

En síntesis: aún en un escenario social donde las formas de familiarización resultan insólitas para sus mismos protagonistas, en contraposición con las nuevas mujeres percibidas como narcisistas y madres abandonantes, se destaca una figura clásica: la mujer maternal. Su sexualidad se inhibe al punto de la renuncia y su quehacer autónomo en el mundo del trabajo resulta irrelevante. Lo que a ella le proporciona felicidad es la donación altruista de su ser al cuidado de los otros. Como madre, abuela y ama de casa, puede atravesar por crisis donde, al estilo de las feministas de la década del '70, cuestiona duramente su posición maternal (Chodorow & Contratto, 1989). En esos momentos el amor devoto se rebautiza como servidumbre y el cortejo masculino es percibido como una estrategia de dominación y de usufructo. Pero no hay que preocuparse: cuando América parezca hundirse bajo el impacto de la disgregación familiar, allí estará ella, La Madre, como un reservorio natural inagotable, para proveer la dosis de cuidados personales sin los cuales la reproducción generacional se hace imposible y el mundo se torna inhabitable. Y más aún, se declarará contenta. Como el pájaro azul, la felicidad estaba en el hogar. Ni la sexualidad ni el trabajo creativo darán respuesta al sentido de la existencia; éste solo se encuentra en el amor.

El amor maternal: un puente que atraviesa el Atlántico

Vemos que dos novelas muy diferentes, elaboradas por un hombre y una mujer que se inscriben en tradiciones intelectuales diversas, coinciden sin embargo en un aspecto básico. Ante la anomia que caracteriza a la existencia social contemporánea, en un aspecto sensible del ámbito privado, como lo son las formas de familiarización, surge la angustia, a la que sucede un sentimiento depresivo. El tema del suicidio insiste en ambas obras. Mientras que Houellebecq termina su relato en una especie de Armageddón, donde Christianne, Annabelle y Michel se suicidan, y Bruno enloquece, para dar lugar a continuación al fin de la humanidad; el optimismo norteamericano circunscribe el suicidio a los antecedentes melancólicos de la familia Davitch y al accidente que costó la vida de Joe, el padre. Considero que ambas obras expresan de este modo una sensación de fin del mundo, que no es otra cosa que el fin o la caducidad de los sentidos aceptados, y el desafío de construir nuevas prácticas y representaciones colectivas que den inteligibilidad y valor a la existencia.

La multiplicidad y variedad de las uniones amorosas ahora posibles, que supera los límites tradicionales impuestos por el imperativo de la monogamia indisoluble y por las barreras etarias, étnicas y de clase, resulta difícil de procesar en el nivel emocional y también cognitivo. Mientras que los enfoques cognitivistas dan importancia al estudio de los aspectos formales, universales e invariantes de la cognición social (Kornblit, A., 2003) y otros estudios sociales enfatizan la construcción social e histórica de la realidad consensual (Berger y Luckman, 1979), los psicoanalistas podemos aportar algunas hipótesis específicas de nuestro marco teórico. Por ejemplo, es posible suponer que existe una tensión inevitable entre la búsqueda de nuevos estímulos eróticos, - antes más frecuente entre los varones y hoy compartida en alguna medida por las mujeres -, y las necesidades pregenitales de apego a figuras investidas emocionalmente en períodos fundacionales del psiquismo. Tanto Tyler como Houellebecq destacan esta cuestión, cuando aluden a la lentitud con la que se procesan los duelos y a la importancia que adquieren los afectos tiernos, más allá de la sensualidad. De modo que el proceso de individuación y el carácter más laxo del control social manifiesto, encuentran sus límites en la investidura que los sujetos realizan sobre los vínculos significativos con objetos de amor. En contraposición a las posturas constructivistas radicales, el psicoanálisis postula la existencia de algunas disposiciones invariantes para la especie, tal como el apego temprano o la psico-sexualidad. Los debates al interior del campo psicoanalítico se refieren al alcance y extensión de esa invariancia, pero todos, de algún modo, acuerdan con su existencia.

Si retornamos al análisis de la tensión entre erotismo y ternura, veremos se han repartido tradicionalmente de un modo polarizado entre los géneros, o sea, erotismo para ellos y ternura para ellas. Houellebecq transforma este arreglo colectivo en una naturaleza humana esencial y recae en descripciones estereotipadas acerca de varones egocéntricos y hedonistas y mujeres tiernas y altruistas. Tyler, quien escribe en una cultura permeada por el feminismo de la igualdad, desemboca sin embargo en una conclusión semejante: es una mujer quien sostiene los lazos familiares, aún cuando descubre que ha sido objeto de una manipulación psicopática para delegarle una responsabilidad de la cual el hombre desertó. A costa de su postergación personal, transforma la casona familiar en una versión contemporánea del convento y la habita mientras rinde culto al fantasma de su esposo y cuida de las hijas y nietos de ambos.

Mi impresión es que este relato puede extenderse más allá de su dimensión biográfica, para transformarse en representativo de una opción ideológica conservadora. Esta estrategia consiste en un recurso hoy en boga: la privatización. Con este término me refiero al hecho de que ante un problema social que afecta la reproducción generacional,

se escamotea la necesidad de crear soluciones colectivas y se intenta resolver reasignando a las mujeres a su rol maternal ancestral. Este es un recurso conservador, inaceptable desde una perspectiva política sexual (Millett, K., 1995), y por añadidura, impracticable.

Las mujeres contemporáneas de los sectores medios han accedido a la educación superior a partir de los años '60 y hoy constituyen una masa crítica que supera en número a la población masculina de las universidades. Si bien participan en proporción variable en casi todas las ramas ocupacionales, su presencia es escasa en las altas cumbres, o sea en los más altos niveles de decisión. Pero ya han saboreado las mieles de la individuación, el saber y cierto poder, lo suficiente como para que resulta imposible implementar un "backlash" (Faludi, S., 1992) tal como algunos sectores se proponen.

Las nuevas familias plantean nuevos problemas, pero muchos de estos derivan de la tendencia hacia el reciclado del sistema de géneros vigente. La dominación masculina resiste (Bourdieu, P., 1998) y entonces se advierte que, aún cuando han sido en general las mujeres quienes decidieron romper las uniones conyugales insatisfactorias en cuanto dispusieron de algunos recursos propios, las segundas uniones tienden a reeditar la asimetría etaria entre los cónyuges, de un modo mucho más marcado que las primeras. En un mercado matrimonial donde la crisis del empleo y la crisis de la masculinidad se articulan entre sí de modos complejos, los varones que conservan una inserción laboral que refrenda la masculinidad tradicional, hacen valer esta posición, cada vez más escasa, cotizándose alto y eligiendo compañeras al menos una generación más jóvenes (Meler, 2000). Si a ésta circunstancia se agrega el hecho de que ellas aportan hijos de una unión anterior al nuevo matrimonio, es posible que su condición empeore en términos de las relaciones de poder al interior de la pareja (Meler, 2003, ob. cit.).

Otra problemática acerca de la cual coinciden numerosos estudios, se refiere a las dificultades específicas por las que atraviesan los hijos de parejas divorciadas y que afectan de modo desfavorable su educación y su salud mental (Sullerot, E., 1993).

Pero no es responsabilizando a las mujeres por su deserción de la maternidad, ni instándolas mediante la promoción de la culpa a retornar a su condición tradicional, como se resolverán los problemas que presentan en la actualidad el cuidado y la educación de los niños y jóvenes.

La búsqueda de paridad social por parte de las mujeres ha conducido en este período a una difusión del estilo masculino de relación, que se ha universalizado. Esta asimilación cultural al estilo de vida del sector dominante es semejante a lo que se observa en los procesos de absorción étnica o de ascenso social. Posiblemente constituya un momento inevitable del proceso hacia la equidad entre mujeres y varones, aunque luego sea necesario superarlo. Como consecuencia, el carácter impiadoso de la rivalidad narcisista característica de la sociedad dominada por los hombres se ha hecho evidente. Como ocurre en toda transformación revolucionaria, hubo víctimas.

¿Volveremos entonces a una disociación entre una esfera pública caníbal y un ámbito privado donde se encuentre un reservorio de solidaridad que permita criar a los niños, a los que amamos en tanto los consideramos nuestros, en contraposición a los semejantes – rivales a los que intentamos aniquilar?. ¿Propondremos como ya hacen algunos, una feminización cultural, o sea que los valores antes femeninos de la solidaridad, la ternura y la donación altruista predominen? (Alizade, M., 1999, Galende, E., 2001). La deserción de muchas mujeres del lugar servil y desvalorizado que les fue asignado, revela el carácter imposible de un universo social presidido por la competencia y promoverá sin duda transformaciones éticas y prácticas.

Las nuevas formas familiares deben responder a las necesidades de apego, sexualidad y alianza ante el desamparo que experimentan los niños y los adultos. Como no es posible

reenviar a las mujeres a su función de recursos utilizados para el suministro desvalorizado de cuidados personales, habrá que barajar y dar de nuevo.

Bibliografía analizada

Houellebecq, Michel: (1998) *Las partículas elementales*, Barcelona, Anagrama, 1999.
Tyler, Anne: (2001) *Cuando éramos mayores*, Madrid, Alfaguara, 2002.

Bibliografía citada

Alizade, Mariam: *Tiempo de mujeres*, Buenos Aires, Lumen Humanitas, 1999.
Berger, P. y Luckman, T.: *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
Bourdieu, Pierre: *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.
-----: *La dominación masculina*, París, Seuil, 1998.
Castoriadis, Cornelius: (1975) *La institución imaginaria de la sociedad*, Vol II: *El imaginario social y la institución*, Buenos Aires, Tusquets, 1993.
Chodorow, Nancy y Contratto, Susan: "The fantasy of the perfect mother" en *Feminism and Psychoanalytical Theory*, New Haven and London, Yale University Press, 1989.
Faludi, Susan: *Backlash: The undeclared war against american women*, New York, Morrow & Co., 1991.
Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad*, Tomo I: *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1980.
Galende, Emiliano: *Sexo y amor*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
Jodelet, Denise: "La representación social: fenómenos, conceptos y teoría" en *Psicología Social* de Moscovici, Serge (ed.), Vol II, Barcelona, Paidós, 1988.
-----: "Representaciones sociales: un área en expansión", en *Las representaciones sociales, Psicología social sociocognitiva*, Bilbao, Desclee de Brouwer, 1991.
Kaplan, Louise: *Perversiones femeninas*, Buenos Aires, Paidós, 1994.
Kornblit, Analía: "De las representaciones colectivas a las representaciones sociales", Buenos Aires, mimeo, 2003.
Lyndon Shanley, Mary: *Making babies, making families*, Boston, Beacon Press, 2001.
Maldavsky, David: *Teoría de las representaciones*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
Meler, Irene: "La familia: Antecedentes históricos y perspectivas futuras" en *Género y familia*, de Burin, M. y Meler, I., Buenos Aires, Paidós, 1998.
-----: b) "Nuevas tecnologías reproductivas: su impacto en las representaciones y prácticas acerca de la parentalidad" en *Género y Familia*, ob.cit.
-----: "El ejercicio de la sexualidad en la postmodernidad. Fantasmas, prácticas y valores", en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*, de Meler, I. y Tajer, D. (comps.), Buenos Aires, Lugar Editorial, 2000.
-----: "Parentalidad y sexualidad en las nuevas familias", publicado en el diario Página 12 bajo el título de -"Mi hijo me recuerda a una persona que yo odio", sección Psicología, 28 de noviembre de 2002 y -"Sexualidad en las nuevas familias", sección Psicología, julio de 2003.
Mendel, Gérard: *El psicoanálisis revisitado*, México, Siglo XXI, 1990.
Millett, Kate: *Política sexual*, Madrid, Cátedra, 1995.
Moscovici, Serge: *La psychanalyse, son image et son public*, París, PUF, 1961.
Roudinesco, Elizabeth: *La familia en desorden*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.
Shorter, Edward: *El nacimiento de la familia moderna*, Buenos Aires, Crea, 1977.
Sullerot, Evelyn: *El nuevo padre*, Barcelona, Ediciones B., 1993.

ⁱ Los conceptos expuestos en este artículo formarán parte de la tesis de la autora, quien es doctoranda en el Doctorado en Psicología de UCES.